

Y así, Francia llegaría con ventura al nacimiento de la prensa de masas, aunque poco más de una década después tendría que sortear de nueva cuenta las restricciones de las leyes durante la guerra de 1848.

Eso no obstó para que en tierra gala se popularizara la prensa barata.

CAPITULO

V

Las innovaciones técnicas elevaron tirajes y abarataron el precio de los periódicos

En este capítulo dejaré constancia del avance de los nuevos sistemas de impresión a principios de 1800, y el desarrollo de otras técnicas elementales, sin los cuales no se hubiera alcanzado la etapa de la prensa de masas.

Hubo otros hechos concatenados, muy importantes, que permitieron la revolución del periódico de aquella época. Sin embargo, es indiscutible que el abaratamiento de cada ejemplar y la facilidad de llevarlo a más clientes, fue producto del mayor volumen de impresos y de la rapidez en producirlos.

Y aquí destaca el hecho histórico del 29 de noviembre de 1814, cuando **The Times** de Londres inauguró su prensa de vapor, lo cual hizo posible uno de los primeros grandes tirajes.

CAPITULO V

V

CAPITULO V

Las innovaciones técnicas elevaron tirajes y abarataron el precio de los periódicos

1.- FRANCIA Y SU PRENSA DE ELITE

Inglaterra tenía, a fines del Siglo XVIII, dos grandes periódicos: **The Morning Post**, fundado en 1772, el cual alcanzó desde sus primeros días gran distinción literaria, así como **The Times**, fundado en 1785. Pero a esas alturas ya contaba con un tremendo competidor: Estados Unidos.

Ambos países hacían gala de estabilidad política desde fines del Siglo XVIII y principios del XIX, y, respecto a la prensa, repartían sus inquietudes entre la información propiamente dicha y el comentario político.

De hecho, Estados Unidos y Gran Bretaña señalaron su preferencia por lo noticioso a partir de esta fecha, mientras en todas partes se imponía el periódico de combate; doctrinal y polemista.

Hacia 1820, sin embargo, la prensa británica no tenía rival en el mundo. Mientras, en Francia se empezaba a engrandecer, pero se discutía aún el valor de los periódicos, como ya se había hecho en Inglaterra en tiempos de Wilkes, entre 1762 y 1782.

Por otra parte, Francia no gozaba de ese equilibrio público que engalanaba a Inglaterra y Estados Unidos, de modo que sus impresos eran más bien instrumentos de lucha y vehículos para atacar o defender posiciones.

De cualquier manera, muy pronto se pondría a la par que los otros dos en lo que se refiere a la popularización de la prensa barata.

Antes de 1833, sólo leían los periódicos aquellos que habían sido alfabetizados y tenían dinero. Los periódicos eran para una escasa minoría, a tal grado de que su circulación era muy reducida.

Por ejemplo, en 1763, el **Mercurio de Francia** anunció que tenía mil 600 suscriptores o abonados: 660 habitaban en París, 900 en las provincias y unos cuarenta en el extranjero.

Sin embargo, se consideraba un éxito ese tiraje, y la popularidad del **Mercurio de Francia** estaba en la cúspide en ese año.

Otro periódico francés, el **Journal des Débats**, convertido en 1807 en **Journal del Imperio**, tenía, desde 1803, ocho mil 150 suscriptores, mientras que **El Monitor** no contaba más que con 2,450.

El primero de ellos, por tanto, tenía estupendos ingresos, no obstante que su cifra diaria no rebasaba los diez mil ejemplares.

En 1827, según la cifra dada a la Cámara de Diputados en Francia, el **Constitutionnel** contaba 20 mil abonados y el **Journal des Débats**, 12 mil 600, mientras que el principal órgano de derecha, el **Quotidienne**, llegaba a 6 mil 500.

Ese dato fue dado a conocer en la sesión del 2 de febrero de 1827, y el día 3, Casimir Périer expuso informes que el **Constitutionnel** declaró exactos: el ingreso por 20 mil suscripciones, descontando a los remisos, asciende a un millón 323 mil 976 francos.

Los principales gastos son: 450 mil 095 francos por el timbre, 102 mil 222 por gastos de portes. 394 mil 566 por todo lo demás.

Por tanto, el beneficio neto es de 375 mil francos, o sea, de 25 mil por cada una de las quince acciones (Georges Weill, pág. 121).

Eran las vísperas del nacimiento de la prensa de masas, si bien es cierto estas cuentas alegres constituían más bien una excepción que una regla en Francia, durante ese año de 1827.

Las ganancias no estaban mal para el **Constitutionnel**, como no lo estuvieron desde antes, para el **Journal des Débats**, convertido luego en **Journal del Imperio** por Napoleón.

De hecho, Bonaparte despojó a los verdaderos dueños de su periódico, más que nada por el éxito económico, pues desde 1803 tenía 8,150 suscriptores, y sus ingresos eran una tentación para el soberano (Georges Weill, pág. 93).

2.- INGLATERRA

Los periódicos ingleses tenían muchos menos suscriptores que los de París; vivían de la venta de números, obligándolos a dejar una comisión importante para los intermediarios.

Según un artículo publicado por **Westminster Review** en 1829, los 16 diarios de Londres tenían una tirada global de 40 mil ejemplares, de los cuales 10 mil eran para el **Times**; 8 mil para el **Morning Herald**; cuatro mil para el **Morning Chronicle**.

Estos grandes periódicos se vendían a 7 peniques el número, por lo cual resultaban más caros que los de París. (Siete peniques de entonces equivalían a tres francos con cincuenta en moneda francesa actual).

El número del periódico francés, dividiendo 400 (80 francos de entonces) por 365 días, valía alrededor de 1.10 francos de hoy.

Insistimos: Estos casos eran aislados, pues se consideraba natural entonces que un periódico, en lugar de ser un buen negocio, costara dinero a sus partidarios, que eran quienes lo patrocinaban.

El gobierno inclusive veía en esta fragilidad financiera una posibilidad de ataque para hacerle la existencia difícil a cualquier impreso.

Por ejemplo, la **Tribune** vivía con 1,500 suscriptores. Y, en efecto, este medio sucumbió en 1835, después de 111 procesos.

En 1830, un periódico parisiense costaba 80 francos anuales por suscripción. Y 80 francos de 1830 representaban 400 francos de 1930, y tal vez más si se toma en cuenta el valor del dinero en aquellas fechas.

De modo que se trataba de algo prohibitivo para personas de modesta fortuna.

Por otra parte, el beneficio, con frecuencia elevado, que proporcionaban los anuncios, estaba compensado por la enormidad de los impuestos, sobre todo el del timbre.

Asimismo, el lector inglés, menos fiel que el suscriptor francés, no dudaba en dejar un periódico por otro cuando éste le proporcionaba noticias más abundantes y más rápidas; esto es lo que obligó a los directores a multiplicar los gastos y las iniciativas para mantener una competencia cada vez más dura.

Desde los primeros años de 1700, esa competencia no tenía comparación, pues la revista **Spectator** del famoso Addison, en 1711, comenzó con tres mil ejemplares, que entonces eran una gran tirada.

Y llamó poderosamente la atención cuando se editaron, de algunos números, 20 mil y hasta 30 mil ejemplares.

Esta cuesta-arriba de Inglaterra en el periodismo impreso está documentada en datos fidedignos desde principios de 1800, cuando el **Times**, que había comenzado en 1785 a 2 peniques y medio el número, elevó sucesivamente su precio hasta 7 peniques.

Habrían llegado a precios completamente prohibitivos, incluso para lectores acomodados, si hábiles directores no hubieran sabido hacer frente a la dificultad por procedimientos comerciales.

Los anuncios, que existían desde hacía mucho tiempo, pero confinados en hojas especiales de avisos, tomaron plaza definitivamente en la prensa política; así llegaron los grandes periódicos, como se ha dicho acerca de uno de ellos, a ser una feria permanente.

Uno de estos directores sagaces, Daniel Stuart, insertó anuncios hasta en la primera página. Un periódico no pasaba de cuatro páginas, es decir, un pliego, pues el timbre se pagaba por pliego; se reservó la mitad a los anuncios, y dos páginas solamente a las noticias y a los artículos.

¿Cómo hacer interesantes estas dos páginas para atraer a gran número de lectores?

Esto fue objeto de una ardiente competencia entre los periódicos, entre los editores. Y fue en esta época cuando la profesión de editor se había llegado a considerar despreciable. Entonces fue cuando se escribió acerca de un hombre de letras: "Descendió tan bajo, que llegó a ser editor de un periódico".

Pero a fines del Siglo XVIII aparecen a la cabeza de los periódicos hombres fecundos en ideas nuevas, dignos contemporáneos de los grandes inventores que revolucionaron la industria.

Tres de ellos, sobre todo, merecen alguna detención: los tres venían de Escocia, justificando la broma según la cual la prensa de Londres es una invención escocesa. (Weill, pág. 105).

El de más edad, John Walter, fue durante mucho tiempo impresor y librero en Londres. Fundador en 1785 del diario dirigido a todos: el **Daily Universal Register**, que el 1o. de enero de 1788 tomaría el nombre que llegaría a ser ilustre: fue el **Times**.

En 1803, su hijo (John Walter II) se hizo cargo del periódico y en los 40 años que lo dirigió lo llevó al primer puesto de la prensa inglesa.

Su creatividad no tuvo límites y fue el primero en instalar en el extranjero corresponsales permanentes, desde 1807.

James Perry fue el otro grande en el periodismo de la época, pero antes de adquirir el **Morning Chronicle** en 1789, ya se había dado a conocer en Londres por su carácter de escritor, ya que sus artículos de fondo y sus correspondencias eran muy apreciados.

Murió en 1821, y el **Morning Chronicle**, que había sido comprado en poco más de mil libras, fue vendido por sus ejecutores testamentarios en 42 mil libras. Fue el primer gran éxito financiero de un periódico británico (Weill, págs. 105-106).

El más joven de los tres escoceses, Daniel Stuart, vino a Londres para completar su aprendizaje como impresor.

Y como impresor trabajó para **Morning Post**, fundado en 1772.

Cuando compró este periódico, tiraba entonces 350 ejemplares, pero se engrandeció rápidamente, y en 1803 llegaba a los 4 mil 500 ejemplares, tirada excepcional en una época en que los periódicos más en boga no rebasaban los tres mil números.

Daniel Stuart, que lo había comprado en 600 libras, lo vendió en 1793 en 25 mil libras.

La venta de este matutino la hizo por tratar de fundar el **Courier**, periódico de la noche, que llegó a los diez mil ejemplares en los días previos a Waterloo (1815).

Este era el panorama de la prensa inglesa antes del nacimiento de la prensa de masas. Prensa inglesa que, por cierto, veía aparecer los diarios de Londres seis veces a la semana.

Hecho que provocó la aparición de los periódicos dominicales, tratando de revivir el recuerdo de los antiguos semanarios, los cuales sucumbieron cuando el diarismo los desplazó. (En 1777, solamente quedaba un semanario).

El éxito de dichos periódicos semanarios se debió a tres Bell: John Bell, quien era a la vez un gran impresor, supo adivinar siempre los gustos del público. Robert Bell, irlandés, encontró el éxito en los relatos detallados de crímenes y aventuras escandalosas. Y John Browne Bell, hijo de John Bell, perfeccionó la obra paterna interesándose en las cosas populares.

Sus periódicos dominicales, desde 1796, calaron hondo en la sociedad londinense de aquel entonces y fueron modelo de otros muchos (Weill, pág. 107).

El periodista William Cobbett hizo su reaparición en Inglaterra en 1802 (después de algunos años en América) y, por saber hablar al público popular, se ganó un nombre en el **Political Register**, un panfleto semanal, totalmente redactado por él.

Al ser vencido Napoleón, las autoridades inglesas se enfocaron hacia Cobbett, quien bajó a dos peniques el precio de su **Political Register**, para ponerlo al alcance de los descontentos, especialmente los obreros.

Diversos sucesos y amenazas por los ataques implacables contra el círculo de la reina, no hicieron sino elevar las tiradas de algunos periódicos, como el **John Bull**.

Y la afición por leer la prensa aumentó a tal grado que las estadísticas son elocuentes.

En este período de 1815 a 1840 es cuando el **Times** conquistó el primer lugar entre los periódicos de Londres.

Pero el efecto multiplicador de los periódicos llegó hasta Irlanda, donde había tres en 1782 y 35 en 1795.

En cambio, en 1820 la suma era de 20, en los albores de la prensa de masas, que anunciaba, así, su irrupción.

Ya dijimos que en 1829, los 16 diarios de Londres tenían una tirada global de 40 mil ejemplares, de los cuales 10 mil eran para el **Times**; ocho mil para el **Morning Herald** y cuatro mil para el **Morning Chronicle**.

3.- ESTADOS UNIDOS

Si Francia era inferior a Inglaterra en todo, lo concerniente a la prensa periódica, los otros países de Europa eran inferiores a Francia.

En Alemania, por citar un ejemplo, desde 1680 los tirajes de las gacetas no pasaban de 200 ejemplares. El **Frankfurter Journal**, que era la hoja alemana más extendida, solamente imprimía mil 500 en ese año de 1680.

Sin embargo, Estados Unidos ya daba de qué hablar en el terreno informativo, especialmente tras la llegada de Benjamín Harris a la colonia inglesa, donde hizo aparecer el 25 de noviembre de 1690 el primer periódico de Boston, **Publick Ocurrences Both Foreign and Domestic**. Duró muy poco.

Harris, impresor de Londres que huyó en 1686 de Europa por sus ideas liberales, prometió que este órgano mensual daría noticias exactas, y sirvió de impulso para que el administrador de correos de Boston, John Campbell, fundara su **News-Letter** en 1704.

Con un tiraje de 300 ejemplares, fue el primer periódico norteamericano publicado en forma continua, y distribuido por correo.

Durante 15 años, esta hoja fue considerada una de las mayores curiosidades de la colonia, y al principio reproducía folletos ingleses, pero al último empezó a insertar noticias referentes, unas al comercio interior, y otras a la vida metropolitana.

En 1710 apareció **The Boston Gazette**, que aumentó la información de Europa, y fue obra de William Brooker.

En 1721, también en Boston, James Franklin dio vida al **New England Courant**, alentado por un grupo de hombres que se impacientaban bajo el gobierno de las autoridades civiles y religiosas.

Considerado irrespetuoso por los reverendos que dominaban la colonia puritana, James, para salvar el periódico, lo tuvo que entregar a su hermano Benjamín Franklin, que desde los trece años escribía en él, inspirado por **Spectator**, de Addison, en Inglaterra.

El **Courant** duró cinco años, pues James se trasladó a Rhode Island a fundar otro periódico, y Benjamín obtuvo en 1728 participación en el **Pennsylvania Gazette**, que se convirtió en uno de los periódicos coloniales más influyentes, distinguido por sus brillantes escritos y por su sentido de responsabilidad social (**MD en español**, agosto 1979, págs. 44 y 45).

En 1765, Samuel Adams creó su **Boston Gazette** y junto con otro periódicos se hizo eco del sentir favorable a la liberación, fomentando el espíritu de rebeldía.

En vísperas de la Revolución, cuando dos tercios de los 37 periódicos existentes eran partidarios de los patriotas, las publicaciones coloniales se hicieron densamente políticas y editoriales.

Pero su circulación era pobrísima.

La escasez de papel, junto a las toscas prensas de mano, capaces de imprimir unas 200 hojas por hora, limitaron su formato a cuatro páginas desde aquel lejano año de 1690.

Los ingresos cubrían difícilmente los gastos: la tinta, el papel, costaban caros, así como los caracteres que venían de Europa. Había pocos suscriptores debido al nulo interés por las noticias escasas y retrasadas.

Hay un dato de 1775 que señala la existencia de 34 hojas casi regulares. Y en 1778, **The Connecticut Courant**, que se convirtió en el prestigioso **Hartford Courant**, declaró una circulación de 8 mil ejemplares, muy asombrosa para esas fechas.

La razón era que al estallar la revolución, la circulación de los periódicos de Boston se elevó de 600 a 2 mil ejemplares en general.

Y cuando la guerra terminó, Norteamérica tenía 35 periódicos, entre los que destacaba el **Pennsylvania Packet**, que desde 1784 comenzó a publicarse diariamente. (El siguiente diario norteamericano fue el **New York Daily Advertiser**, de 1785).

Había ya afición por la lectura e interés por la guía de la letra impresa, al grado de que **El Federalista**, publicado en Nueva York por Alejandro Hamilton, fue el heraldo principal que despertó las conciencias y movió las voluntades en busca de un régimen federalista.

Los periódicos se multiplicaron con el ritmo acelerado del comercio y se extendieron rápidamente hacia el oeste.

“En 1704 (dice Vega de Armijo), sólo se publicaba un periódico una vez a la semana para una población de 8 mil almas. En 1725, había cuatro periódicos para un millón de habitantes, y su tirada era de 170 mil ejemplares. Al comenzar la guerra de la Independencia, en 1775, estaba representada la prensa por 37 periódicos, cuya tirada alcanzaba un millón 700 mil ejemplares, y la población de los Estados Unidos era ya entonces de dos millones 800 mil.

“En 1800, existían 359 periódicos, que tiraban 2.331.700 ejemplares para una población de 7.239.814 habitantes”. (Cita de Edmundo González-Blanco, pág. 156).

Parece exagerado el dato de los tirajes, porque más adelante se comprobará que la prensa estadounidense, desde fines de 1700, fue tribuna de insultos y no de noticias, lo que hizo que el británico William Cobbett llegara de Londres con la espada desenvainada; tuviera que regresar más tarde a su país de origen a fundar el **Political Register**, y de nuevo se estableciera definitivamente en Norteamérica.

Eran días de pleitos y de peligros para el periodismo, con destrucción de oficinas y asesinatos a la orden del día, de suerte que los lectores no eran numerosos y el precio de los impresos no era accesible.

Por eso todavía en 1816 un periódico de Nueva York, el **Mercantile Advertiser**, tiraba 2,250 ejemplares. Y se trataba de la urbe de hierro, donde entonces circulaban 6 diarios y dos semanarios.

Quizá el apunte del español Vega de Armijo contabiliza algunos éxitos esporádicos y excepcionales, como los del folleto **Sentido Común** (1776), de Thomas Paine, del que se reprodujeron, en diversas ediciones, 120 mil copias. O como los 4 mil ejemplares del **Columbian Continental**.

El **Morning Courier and Inquirer** se envanecía en 1831 de una tirada, también, de 4 mil, y era una rareza esa cifra. Porque el precio de 6 centavos de dólar era muy oneroso para las mayorías, y apenas unos mil 700 ejemplares por periódico de Nueva York eran vendidos con cierta dificultad.

4.- TRANSFORMACION TECNOLOGICA Y PERIODISTICA

Los aires huracanados del Siglo XIX produjeron vientos de renovación para el periodismo estadounidense y mundial.

El sentido práctico de la información se abre a nuevas corrientes tecnológicas que roturarán el camino a la prensa barata.

Nueva York, poco a poco, se convierte en la capital del periodismo, y en todo Norteamérica los diarios van en crecimiento: de 20 a 65 en los primeros 30 años.

Nueve décimos de la población estadounidense no lee otra cosa. Cada pueblo y cada villa tiene su publicación, que concentra la casi totalidad del poder de opinión local.

Nace el afán por la primicia, y los diarios ponen embarcaciones tripuladas por atléticos remeros ("news boards") para alcanzar, antes que la competencia, a los barcos que arribaban desde Europa con noticias frescas.

Pero sería el avance de los nuevos sistemas de impresión y el desarrollo de otras técnicas elementales, los que permitirían llegar a la aurora de la llamada **PRENSA DE MASAS** en 1832-33.

Hubo otros hechos concatenados, muy importantes, que permitieron la revolución del periódico, mas es indiscutible que el abaratamiento de cada ejemplar y la facilidad de llevarlo a más clientes, fue producto del mayor volumen de impresos y la rapidez en producirlos.

En otras palabras, la evolución tecnológica posibilitó el incremento de los tirajes. Y de aquí partió la fuerza de los anuncios y la venta callejera, para consumir una alfabetización popular que habían iniciado las escuelas, con un plan pedagógico en embrión.

Y, cabalmente, de Nueva York salió la señal de la reforma.

La prensa cilíndrica de Frederick Koenig y la prensa rotativa de Richard Hoe se combinaron más tarde con la linotipia de Ottmar Mergenthaler y con el perfeccionamiento de la compaginación, que permitió el uso de fotogra-

fías y color, elevando el potencial de circulación tope del millón de ejemplares, antes de que terminara el siglo.

En 1804, por otra parte, se instala en Progmoor Mills la primera máquina de hacer papel mediante el sistema Foudrinier.

Y en 1817, Thomas Gilpin fabrica la primera máquina de hacer papel de prensa, en Brandywine (Estados Unidos), en tanto que en 1820 el papel fabricado a máquina reemplaza al hecho a mano, y ese mismo año se desarrolla la litografía.

TODO EMPEZO EN 1810

Pero todo empezó en 1810, como resultado del impacto que ya había comenzado a producir en la sociedad la llamada Revolución Industrial inglesa, desde mediados de 1700.

En el cuadro de realizaciones impresionantes, lo hecho por Frederick Koenig fue fundamental para las artes gráficas. Leamos a Alvear Acevedo:

Agudo, perspicaz, dotado de una voluntad que le permitió superar las mil dificultades que le salieron al paso, este inventor alemán pudo incorporar a la tipografía el uso del vapor, y dio ocasión a que el más célebre periódico de la Gran Bretaña, **The Times**, pudiese revolucionar sus sistemas, sus procedimientos de impresión, quedando a la cabeza del periodismo de principios del Siglo XIX.

Koenig no era realmente un improvisado, ni un talento carente de experiencia. En Alemania fue tipógrafo durante casi cinco años, en la casa impresora Breitkopf y Härtel, y asistió a clases a la Universidad de Leipzig y recorrió gran parte de los países alemanes, con el fin de aprender exhaustivamente el oficio de impresor.

Se instaló en 1803 en Eisleben y más tarde en Turingia, Alemania, interesado en los sistemas de estereotipia, aunque ya para entonces había logrado algunos adelantos en el uso de una máquina movible de imprimir dentro de la cual podían colocarse los tipos y los cilindros para la tinta, y que contenía un dispositivo para poder sacar de la prensa los papeles ya impresos.

Pero como no tuvo en su país de origen ningún estímulo, decidió marcharse a Inglaterra, que por entonces era el mayor centro de transformaciones técnicas en el curso de la Revolución Industrial.

Establecido allí, se dirigió a John Walter, de **The Times**, en una carta fechada el 8 de diciembre de 1814, por medio de la cual le pedía ayuda para su invento (Alvear Acevedo, págs. 168-169).

John Walter padre ya había tratado de sustituir a la tipografía ordinaria por la **logografía**, según el sistema inventado por uno de sus empleados, pero no tuvo éxito.